

JUDE DEVERAUX

-Deliciará a las fans de Austen y de Deveraux por igual.-
Publishers Weekly

*La chica de
Summer Hill*



LA CHICA DE SUMMER HILL

Jude Deveraux

Traducción de Gema Moral Bartolomé

Título original: *The Girl of Summer Hill*

Traducción: Gema Moral Bartolomé

1.ª edición: septiembre 2016

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-529-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[ACTO PRIMERO, ESCENA PRIMERA Aparece el señor Darcy.](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA SEGUNDA Elizabeth no seduce a Darcy.](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA TERCERA Bingley defiende a Darcy.](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA CUARTA Bingley conoce a Jane](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA QUINTA Lydia muestra su verdadera naturaleza](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA SEXTA El orgullo de Darcy se resiente](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA SÉPTIMA Georgiana persuade a su hermano](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA OCTAVA Darcy tiene un mal encuentro con Lizzy.](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA NOVENA Lizzy no se lleva una buena impresión de Darcy.](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DÉCIMA El mundo de Darcy se tambalea](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA UNDÉCIMA Aparece la señora Bennet](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DUODÉCIMA Darcy ocupa el escenario](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOTERCERA Wickham se da a conocer](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOCUARTA Lizzy y Darcy danzan](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOQUINTA Lizzy y Bingley discrepan en percepción y conocimiento](#)

[ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOSEXTA Darcy se defiende](#)

ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOSÉPTIMA La señora Bennet está preparada

ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMOCTAVA La señora Bennet comprende a Darcy.

ACTO PRIMERO, ESCENA DECIMONOVENA Darcy y Lizzy danzan un poco más

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGÉSIMA Lizzy hace confidencias

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGESIMOPRIMERA El señor Bennet sufre una decepción

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGESIMOSEGUNDA ¿Wickham se disculpa?

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGESIMOTERCERA Darcy y Lizzy ejecutan una lenta y prolongada danza

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGESIMOCUARTA Jane Bennet se destapa

ACTO PRIMERO, ESCENA VIGESIMOQUINTA Darcy a lo Dirty Dancing

ACTO SEGUNDO, ESCENA PRIMERA Darcy siente; Lizzy observa

ACTO SEGUNDO, ESCENA SEGUNDA Wickham endulza la tarta

ACTO SEGUNDO, ESCENA TERCERA Wickham lo cuenta todo

ACTO SEGUNDO, ESCENA CUARTA Lizzy admite sus sentimientos

ACTO SEGUNDO, ESCENA QUINTA La señora Bennet habla del pasado

ACTO SEGUNDO, ESCENA SEXTA Lizzy toma una decisión

ACTO SEGUNDO, ESCENA SÉPTIMA Darcy tiene dudas

ACTO SEGUNDO, ESCENA OCTAVA Lizzy pone en práctica su decisión

ACTO SEGUNDO, ESCENA NOVENA Lizzy guarda secretos

ACTO SEGUNDO, ESCENA DÉCIMA Darcy expresa sus temores

[ACTO SEGUNDO, ESCENA UNDÉCIMA Darcy y Wickham se enteran de un secreto](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DUODÉCIMA Darcy propone: Lizzy lo interpreta mal](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOTERCERA Bingley empieza a tener dudas](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOCUARTA Lizzy escucha a otros](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOQUINTA Wickham eleva la tensión](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOSEXTA Lizzy escucha una historia realmente terrible](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOSÉPTIMA Darcy se rinde](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMOCTAVA Darcy desnuda algo más que sus abdominales](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA DECIMONOVENA Georgiana interviene](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA VIGÉSIMA Todo el mundo sufre](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA VIGESIMOPRIMERA Lizzy se entera de una verdad distinta](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA VIGESIMOSEGUNDA Lizzy conoce a Georgiana](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA VIGESIMOTERCERA Lizzy ve la luz tras la oscuridad](#)

[ACTO SEGUNDO, ESCENA VIGESIMOCUARTA Lizzy se traga el orgullo](#)

[ACTO TERCERO, ESCENA PRIMERA Darcy vence sus prejuicios... ¡y enseña sus abdominales!](#)

[ACTO TERCERO, ESCENA SEGUNDA Se desvela el secreto de Lydia](#)

[ACTO TERCERO, ESCENA TERCERA El señor Bennet confiesa su error de juicio](#)

[ACTO TERCERO, ESCENA CUARTA Por fin todo el mundo busca a Wickham](#)

ACTO TERCERO, ESCENA QUINTA Lydia se entera de lo que no debería saber

ACTO TERCERO, ESCENA SEXTA Darcy al rescate

ACTO TERCERO, ESCENA SÉPTIMA Wickham no puede resistirse

ACTO TERCERO, ESCENA OCTAVA Lydia confiesa

ACTO TERCERO, ESCENA NOVENA Wickham recibe su merecido

ACTO TERCERO, ESCENA DÉCIMA Darcy y Lizzy reflexionan sobre la vida

Agradecimientos

ACTO PRIMERO, ESCENA PRIMERA

Aparece el señor Darcy

Había un hombre desnudo en el porche trasero de Casey. Seguro que Casey habría llamado a la policía o, por lo menos, habría chillado, de no haber sido él tan increíblemente guapo.

En lugar de eso, sin tan siquiera pestañear, agarró a tientas la tetera eléctrica y vertió agua hirviendo sobre las sueltas hojas de té que había en el colador plateado. Buena parte del agua cayó fuera del tazón, sobre la encimera de granito, y luego se escurrió hasta el suelo de baldosas, pero ella no se dio cuenta.

Era tan temprano que aún no se había hecho de día, y Casey no se había molestado en encender la luz de la cocina. Pero luego él había encendido la luz del porche y, en medio de la neblina matinal, mirándolo a través de la puerta con tela metálica, era casi como si estuviera en un escenario.

Él había dejado caer la camiseta y el pantalón del chándal en el sendero de piedra; luego, totalmente desnudo y de cara a Casey, había subido los tres peldaños con toda su gloriosa masculinidad a la vista. Fue directo hacia ella, como si tuviera intención de entrar en la casa.

Casey acababa de despertarse y, cuando lo vio, pensó que seguía dormida y que estaba teniendo el mejor sueño de su vida. No solo el cuerpo era atractivo, también la cara. Cabellos, ojos, barba incipiente, labios realmente voluptuosos. La piel de todo su cuerpo tenía un tono dorado oscuro, y era esbelto, pero atlético. Los cabellos los llevaba largos,

hasta el cuello, y, bajo la luz del porche, eran tan negros que parecían tener un brillo casi azul.

Una vez en el porche, no abrió la puerta de tela metálica para entrar. Lo que hizo fue girarse y ofrecer a Casey una magnífica visión de perfil.

¡Dios! Pectorales. Abdominales. La curva de su trasero, muslos como los de un patinador olímpico.

Casey logró parpadear unas cuantas veces. Seguro que aún estaba dormida. Seguro que él no era real.

Él pareció hacerle algo a la pared, y segundos después empezó a llover. Eso tenía sentido. La deidad que controlaba los cielos debía parecerse a aquel hombre.

Pero no, era una ducha exterior que parecía sujeta a la pequeña casa de invitados. Casey no había reparado en ella; era invierno durante los pocos meses que llevaba en la ciudad. Pero el día anterior había sido tan cálido que había abierto todas las puertas y ventanas para refrescar la casa mientras cocinaba. Cuando por fin se había ido a la cama, hacía tanto calor que se había limitado a echar el pestillo a la puerta de tela metálica y a dejar abierta la puerta para que corriera la brisa.

Casey agarró la taza de té y le dio un sorbo mientras observaba cómo él se enjabonaba.

Tenía un taburete alto al lado. Casey lo encontró a tientas y se sentó en él sin apartar los ojos del hombre. Mientras él se pasaba las manos por todo el cuerpo, Casey estaba cada vez más segura de que soñaba. Y estaba igualmente segura de que se despertaría si le quitaba los ojos de encima.

Le vio enjabonarse las piernas y la entepierna, luego continuar hacia arriba. Tenía tantos problemas para alcanzar toda la extensión de su espalda que a Casey le entraron ganas de quitarse el pijama y unirse a él.

«¿Puedo ayudarte?», le preguntaría. Él no diría una sola palabra. Se limitaría a tenderle el jabón y ella se pondría manos a la obra.

Desde luego, a ella tampoco le iría nada mal lavarse un poco, así que él le frotaría la espalda. O la delantera. O lo que le diera la gana.

Quizá fuera porque ella estaba sentada en una zona oscura y él estaba a plena luz por lo que todo parecía como una película. Casey bebía té y observaba la escena con una sonrisa soñadora en los labios.

Había estado trabajando en la cocina hasta la medianoche y ahora era muy temprano. Kit le había dicho que quería tener la comida en el teatro a las ocho, y ella había interpretado que la quería preparada y lista para servirse. Por la noche había llamado a su hermano Josh para preguntarle si, por favor, por favor, podía proporcionarle algunas mesas. «Hazlas con caballetes o con tocones de árbol, lo que sea que pueda encontrar un hombre fuerte y viril como tú», era el mensaje de voz que le había dejado en el contestador. «Es solo para tener un sitio donde poner toda la comida. Kit me dijo que seguramente la mitad del pueblo se presentaría a las pruebas. ¡Por favor, por favor! Te guardaré unos cuantos de esos buñuelos rellenos de crema que tanto te gustan.» Esto último lo dijo con la voz más zalamera que pudo. Teniendo en cuenta que había permanecido en pie más de catorce horas, se preguntó si no habría sonado más patética que persuasiva.

Pero la visión del hermoso hombre desnudo le compensaba por el día anterior. Ahora se iba a aclarar. Alargó la mano hacia la alcachofa de ducha de la pared para agarrarla, y empezó a rociarse con agua aquel cuerpo suyo tan espectacular.

Casey se llevó el tazón de té a los labios, completamente hipnotizada. No podía hacer más que mirar. Los largos cabellos de él estaban mojados, pegados al cráneo. De perfil sobresalían sus fuertes rasgos, que tenían algo de familiar.

Cerró el agua y luego miró en derredor buscando algo.

«Necesita una toalla», pensó ella, y se le pasó por la cabeza abrir la puerta y darle una.

Cuando él se dirigió hacia la puerta como si tuviera intención de entrar, a ella le pareció que se le paraba el corazón. Ahora estaba más despierta y era consciente de que había estado espiando a un hombre que se daba una ducha. No

era muy educado que digamos. ¡Desde luego a ella no le habría gustado que se lo hicieran!

Cuando él colocó una mano sobre el pomo, a Casey se le aceleró el corazón. No se atrevió a moverse por miedo a que la viera.

Él dejó caer la mano y bajó los escalones del porche, recogió los pantalones del chándal y se los puso, y ella dejó escapar un suspiro de alivio. No se enteraría nunca. ¡Bien!

Pero cuando él iba a recoger también la camisa, sonó el móvil de Casey. Se había olvidado de que lo había dejado cargándose sobre la encimera. Siguió sonando mientras alargaba el brazo y luego le daba torpemente al botón de manos libres, justo cuando saltaba el contestador.

«Oye, hermanita, he usado un sable para talar un par de robles y tallar unas mesas. Pero también he pedido prestado otro par a la iglesia. Si quieres que te recoja y os lleve a ti y a tus teteras en mi camioneta, dímelo. Si no me dices nada, nos veremos a las ocho.» Colgó.

Casey no se había movido ni había apartado los ojos del hombre. Al sonar el móvil, él había dejado caer la camiseta y se había vuelto para mirar hacia la puerta.

Ella estaba casi segura de que la había visto. Llevaba puesto el pijama blanco, el del dibujo de un plato corriendo y la cuchara y la vaca saltando por encima de la luna, que le había regalado su madre. Demasiado infantil para ella, y se le ceñía demasiado a la curvilínea figura, pero, ay, era tan reconfortante.

Fuera empezaba a clarear y Casey sabía que seguramente era visible dentro de la cocina en penumbra. Pero tal vez no. Tal vez podría escabullirse escaleras arriba y fingir que no había visto a nadie.

Tan deprisa como pudo, dejó el tazón y se bajó del taburete.

Pero no fue lo bastante rápida. Él subió los escalones y alcanzó la puerta en segundos. Cuando intentó abrirla, el pestillo se lo impidió.

Pensando que disponía de una prórroga, Casey dio un paso hacia la sala de estar, pero un ruido hizo que se diera la

vuelta.

El hombre, desnudo de la cintura para arriba, traspasó la tela metálica con el puño y levantó el pestillo.

Vale, ahora sí que estaba asustada. El hombre era fornido y parecía furioso. Casey miró en dirección al móvil, pero estaba en medio de los dos. Su encantadora casita estaba situada en medio de cuatro hectáreas de jardín y bosque. Si chillaba, no la oiría nadie.

—¿Qué? ¿Lo ha captado todo bien? —preguntó él, y dio un paso más hacia Casey.

Su voz era grave... y amenazadora. Quizá si Casey echaba a correr podría llegar a la puerta principal y salir de allí. Pero entonces ¿qué? Solo había una casa cerca, la mansión, y estaba vacía.

Así que puso los brazos en jarras, respiró hondo y se encaró con él. Unos minutos antes, le seducían la envergadura, los músculos y la virilidad de aquel hombre; ahora resultaban amenazadores. No creía que pudiera escapar de él, pero quizá si no se amedrentaba lograría que se fuera.

—Vivo aquí —dijo—. Ha forzado la entrada de mi casa.

Él se detuvo a tan solo un metro de ella.

—¡Y una mierda! ¿Para quién trabaja? ¿Dónde está?

Casey reculó un paso. ¡Menuda voz tenía! Grave y sonora. Y hacía unas preguntas absolutamente desconcertantes.

—Trabajo por mi cuenta. Tengo un servicio de comidas y me encargo del catering para fiestas privadas.

Él dio otro paso hacia delante.

—¿Y eso qué es, un negocio suplementario? ¿Dónde lo tiene escondido?

El miedo de Casey empezaba a convertirse en confusión.

—¿El qué? ¿Qué es lo que quiere?

Él se apoderó del móvil de Casey y el cable del cargador se soltó.

—¡Por favor, dígame que no ha usado esto! Creo que merezco algo mejor que un móvil. —Volvió a dejar el móvil sobre la encimera, luego se dio la vuelta y miró a Casey de arriba abajo.

Casey sabía que su aspecto dejaba mucho que desear. ¿Qué mujer querría que un tío bueno la viera con un pijama que era perfecto para una niña de cinco años? Y el pelo lo tenía tan enmarañado como un nido de pájaros y seguramente lleno de harina y mermelada de frambuesa. Se había desplomado en la cama la noche anterior sin molestarse en darse una ducha primero.

Tal vez fuera por orgullo, pero la sensación de miedo desapareció por completo. Echó los hombros hacia atrás.

—No sé quién es usted, ¡pero quiero que salga de mi casa ahora mismo! —Agarró su móvil—. Creo que al sheriff le gustaría enterarse de que un hombre se ha presentado medio desnudo en mi porche y que ha roto la tela metálica de mi puerta para meterse en mi casa y amenazarme. A menos que quiera acabar esposado, le sugiero que se marche inmediatamente.

Él se quedó allí plantado, mirándola fijamente sin decir nada, pero con expresión sorprendida. Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Dio media vuelta y abandonó la casa, dando un portazo al salir.

Durante un rato Casey permaneció quieta, clavándose las uñas en las palmas de las manos, observando su partida. Él no se detuvo para recoger la camiseta, sino que siguió andando, giró a la derecha y desapareció de la vista.

De repente, Casey se sintió exhausta. Logró llegar a la sala de estar y se dejó caer en el sofá. Le zumbaban los oídos. Recostó la cabeza e intentó tranquilizarse mediante ejercicios de respiración.

¡Aquel hombre estaba tan furioso!

Cuando Kit le había dado su pequeña casa de invitados para vivir en ella, a Casey le había parecido perfecta. En otro tiempo había sido la cocina de una vieja plantación de Virginia, y la enorme chimenea que se utilizaba entonces para cocinar ocupaba la sala de estar. Años atrás alguien había ampliado la vivienda, añadiéndole una excelente cocina a un lado y un dormitorio y un cuarto de baño en el piso superior. Incluso había un huerto fuera, al lado de la casa.

Kit le había preguntado si no le importaba vivir tan aislada, y Casey le había respondido que no, que le encantaba. La mansión, que habían reformado y redecorado antes de que llegara ella, estaba vacía y cerrada a cal y canto. Durante seis años, antes de irse a vivir a Summer Hill, Casey había trabajado como chef principal de uno de los restaurantes más populares de Washington D.C. Después del ruido y el caos controlado de aquel lugar, la quietud de la vieja plantación era el paraíso.

Pero esta mañana se había vuelto alarmante.

Casey empezaba a recobrar el sosiego. Necesitaba pensar en qué debía hacer. Meditándolo bien, le pareció que debería llamar al sheriff y denunciar lo ocurrido, incluyendo su embarazoso voyeurismo.

Aún tenía el móvil en la mano y se dio cuenta de que tenía un mensaje de voz de Kit. Cuando tocó la pantalla, le temblaba la mano.

«Casey, querida —dijo la voz fuerte de Kit—, sé que es tarde y espero que te hayas acostado ya. Solo quería decirte que el dueño de Tattwell ha regresado. Sé que crees que yo soy el dueño de la casa, y me disculpo por el subterfugio, pero mi primo me hizo jurar que le guardaría el secreto. De todas formas me ha parecido que debía avisarte por si ves a un par de hombres desconocidos por ahí. El dueño es Tattton Landers y ha ido con su mejor amigo, Jack Worth. Son dos jóvenes muy agradables, así que espero que les des la bienvenida. Tengo que dejarte. Nos vemos en la audición.»

Casey escuchó el mensaje dos veces para intentar asimilar toda la información que contenía. «¿Jack Worth?», pensó. Ese era el nombre de un actor que le gustaba mucho. Su último novio era un fanático de sus películas y tenía todos los DVD. Nunca se habían perdido el estreno de una nueva película de Jack Worth.

Pero no era el hombre del porche.

Casey respiró hondo. ¡Todo aquello era ridículo! Jack Worth era un nombre muy corriente. Era imposible que Kit se refiriera al actor.

Siguiendo un impulso, introdujo el otro nombre, Tatton Landers, en el buscador de su móvil, y pronto apareció la información. Allí estaba. Había miles de fotos en internet del hombre al que había observado mientras se duchaba en su porche. En la mayoría de ellas aparecía con traje de época: un caballero con armadura, con apretados calzones de estilo Imperio, con un jubón de cuero como el que llevaría Robin Hood.

—Por supuesto —dijo en voz alta—. Tate Landers.

No había visto ninguna de sus películas, pero una amiga suya le había hablado de él, porque le gustaban las películas románticas e iba a verlas todas. A Casey nunca le habían interesado, así que solo había escuchado a medias lo que le contaba su amiga, y luego se había burlado de ella.

—Tienes un doctorado en psicología y se te cae la baba por un actor que dice: «Oh, Charity Goodheart, tus ojos son como esmeraldas. Tienes que ser mía.»

—No lo entiendes, ¿verdad? —le había dicho su amiga—. Vivimos en un mundo de metrosexuales. Tate no es así. Él echa a las mujeres sobre la silla de su caballo y les dice que cierren la boca.

Casey se horrorizó.

—¿Qué le dirías a una de tus pacientes si te dijera que su novio le hace algo así?

—Le daría el número de teléfono de un centro para mujeres maltratadas y me aseguraría de que fuera allí. Pero eso es la realidad; Tate es fantasía.

Casey meneó la cabeza mirando a su amiga.

—Ese tipo es un actor. En la vida real seguramente lleva camisas de color rosa y se depila las cejas.

—¡Tate no! He leído que...

Casey había levantado las manos al cielo. Su amiga había intentado convencerla para que fuera a ver películas románticas, pero ella se había negado. Tenía demasiado trabajo y muy poco tiempo libre, que no pensaba malgastar en una de esas sagas ñoñas.

Y al parecer ahora vivía en una casa cuyo dueño era una gran estrella de cine... que la detestaba.